

## SERMON

### PARA EL SEGUNDO DIA DE MISION.

*Melius est ire ad domum luctus quam ad domum convivii; in illa enim finis cunctorum admonetur hominum, et vivens cogitat quid futurum sit.*

Mejor es ir á la casa de duelo que á la del banquete; porque en aquella se advierte el fin de todos los hombres; y el que vive piensa lo que ha de ser mañana.

Eccli. cap. VII, v. 3.

Amadísimos hermanos en Jesucristo. Es preciso morir; es una cláusula, dice Tertuliano, que Dios ha estipulado: es un empeño que contrae el que nace (1). Sin embargo, la muerte á que todos estamos sujetos no es un término, sino tránsito que conduce del tiempo á la eternidad: ¿quién no quiere lo mejor (2)? Mire en buen hora el impío la muerte con horror, porque los remordimientos de su conciencia le hacen conocer el fin desastroso que le espera, porque es pésima la muerte del pecador (3). Por esto trata de

(1) Mori oportet, hoc stipulata est Dei vox, hoc spondit omne quod nascitur. Tertul. Apolog.

(2) Non est exitus iste, sed transitus, et temporali itinere ad æterna transgressus: quis ad meliora non sustinet? S. Cyp. lib. de Morte.

(3) Mors peccatorum pessima. Psalm. XXXIII, v. 22.

desviar de su memoria todas las ideas que puedan tener alguna relacion con su último fin, huyendo de todos los objetos que pueden recordársele, y buscando distracciones en los festines y banquetes, en los que se aletarga con el mortífero veneno de los placeres y deleites. El verdadero cristiano, el hombre de fé, que sabe que al otro lado de la tumba hay otra vida en la que se puede ser para siempre feliz, mira la muerte sin espanto, la espera tranquilo y la recibe resignado, porque las virtudes que ha practicado, su obediencia á la divina ley, su resignacion en los trabajos, su paciencia en las adversidades, hacen su muerte preciosa á los divinos ojos del Señor (1).

Hoy, pues, me presento yo entre vosotros, como ministro del Señor, no para anunciaros que habeis de morir, porque hartó lo sabeis, sino para haceros comprender que podeis morir mal y perderos para siempre. Vengo á hacer un llamamiento á vuestros corazones. Vengo, en suma, á deciros, como el Profeta á los Ninivitas: Haced penitencia. No os fieis porque os hallais en la juventud ó porque gozais de completa salud: la muerte puede sorprenderos en cualquier edad, en cualquier tiempo, y es menester ó estar para ella preparado ó aventurar la vida eterna. Que te apresures ó te retardes, dice el Padre San Agustin, la vida humana es corta (2). ¿En qué pensais, hijos de la Iglesia? ¿Por qué al paso que tanto os afanais por allegar bienes temporales para

(1) Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus. Psalm. CXV, versículo 15.

(2) Sive festines, sive tardes; vita humana brevis est. De Aug. Serm. 5 de Verb. Apost.



atender á la vida del cuerpo, cuya duracion es de cuatro dias, descuidais el mas importante de los negocios, cual es la salvacion? ¿Por qué vivís en el olvido de la muerte?

Confieso, mis amadísimos hermanos, que al contemplar el actual estado de la sociedad, al escuchar tantas blasfemias con las que públicamente se ultraja á la divinidad; al ver tanto fraude, tan mala fé en los negocios, tanto egoismo, tanta desenvoltura en los jóvenes, tanta liviandad en los ancianos, tan poco respeto á las cosas santas, creo hallarme en el seno de una sociedad pagana. ¿Y de dónde nace tanto mal? No de otra cosa que del olvido de la muerte. Si los hombres tuvieran siempre presente su último fin: si cada dia recordasen que aquel puede ser el último de su vida: que la muerte en pecado conduce al infierno, ¿habria quien con la conciencia manchada se entregase al descanso? Esto seria el colmo de la insensatez. Tanto mas debe temerse la muerte, cuanto que no se puede prevenir, dice San Gregorio; y si hasta los mismos santos temieron á la muerte, no obstante esperarla con tranquilidad, ¿cuánto mas deberemos temerla los que estamos lejos de la santidad? Estando, pues, en nuestras manos vencer á la muerte haciendo que ella sea para nosotros el principio de la verdadera vida, voy á presentaros en dos diversos cuadros las victorias de la muerte sobre la humanidad, y los medios de que podemos servirnos para conseguir el triunfo sobre ella, y comprendereis que como dice el Espíritu Santo en las palabras que me han servido de tema, que nos es mas útil y provechoso asistir á la casa del duelo que á la del banquete, porque en aquella se advierte el fin de todos los hombres

y el que vive piensa lo que ha de ser mañana. *Melius est ire ad domum luctus quam ad domum convivii; in illa enim finis cunctorum ad monetur hominum, et vivens cogitat quid futurum sit.*

Imploremos ante todo las luces del Espíritu Santo por la intercesion poderosa de su purísima Esposa y Madre nuestra, la Santísima Virgen: *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

El hombre era completamente feliz en el estado de la inocencia. Nada podia conjurarse contra él y la muerte no podia ejercer su imperio con esta obra brillante del Criador. Vivía su alma por la union que tenia con Dios, y su cuerpo habia de vivir por la union que tenia con su alma. Poco tiempo duró este feliz estado, pues que pecando perdió la gracia y la pérdida de la gracia le atrajo la muerte. Cuando el Señor le impuso el precepto por el cual le prohibia comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, le advirtió el castigo que sobre él vendria, si caia en la desobediencia. «En cualquier dia que comieres de él, morirás (1): es decir, quedarás sujeto á la muerte.» Y esta sentencia se ha cumplido con la mayor exactitud y se cumplirá hasta el fin de los siglos. Todos los que nos han precedido han sido víctimas de la muerte, que cumpliendo su destino se pasea inexorable desde el palacio de los monarcas hasta la choza del pastor, recogiendo víctimas sin trégua y sin descanso. Si penetramos en la region de los muertos; si entrando en un cementerio nos detenemos delante de aquellos

(1) De ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas. In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris. Gén. cap. II, v. 17.



sepulcros que guardan las cenizas de nuestros mayores, ó si removemos la tierra que en aquel lugar pisamos, y que nos presentará en seguida huesos áridos y descarnados, sentiremos una impresion imposible de describir: oiremos una voz muda pero elocuente que nos dirá: «Nosotros hemos sido lo que vosotros sois: mañana sereis vosotros lo que ahora somos.»

Y á la verdad, cristianos, todo anuncia en nosotros la muerte. Empezamos á morir, dice el Padre San Agustin, desde el momento mismo en que empezamos á vivir (1). Aun estamos envueltos en las fajas de la infancia, cuando las dolencias, los dolores, las enfermedades, todo nos anuncia que corremos al sepulcro: están contados los dias que el hombre ha de vivir sobre la tierra, y cada uno que pasa, es ciertamente un paso mas que damos hacia la eternidad. Hombres henchidos de vanidad y de soberbia, construid magníficos edificios; no penseis en otra cosa que en rodearos de comodidades, tratad con menosprecio á los que creéis que son menos que vosotros, olvidándoos de que todos somos hijos de un mismo Padre; pero tener presente que dentro de poco tiempo morireis y que habeis de tener el mismo fin que el último y mas infeliz de los mendigos. Esas distinciones de nobles y plebeyos, de poderosos y miserables, de sábios é ignorantes, acaban en la muerte. El hombre adornado de mayores conocimientos, al contemplar el esqueleto de otro hombre ó al tomar en su mano una calavera, no podrá jamás comprender por sus señales si perteneció á un conquistador ó á un mendigo, á un poderoso monarca ó á un pobre menestral. La muerte todo lo iguala.

(1) Ex quo homo incipit vivere; jam potest et mori. D. Aug. lib. de decem Chordis. Cap. 2.

Y que, M. A. O., ¿no habrá quien pueda libertarse de la muerte? ¡ Ah! Que está decretado que el hombre morirá una vez (1). Dios lo ha dispuesto y primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra (2). Hace un siglo, nuestras ciudades estaban tan pobladas como al presente: ¿ Qué se ha hecho de aquella juventud bulliciosa que corria presurosa tras los encantos de la sociedad? ¿ Dónde están aquellos hombres poderosos, dueños de suntuosos edificios, cuyas arcas estaban llenas de oro, y que atrevesaban por medio de la multitud, arrastrados en lujosas carretelas? ¿ Dónde aquellos hombres de ciencia que arrebatában la atención y atraían á sí los aplausos de sus contemporáneos? Entonces como ahora se daban espléndidos banquetes y se reunían para celebrar festines en los que reinaba el lujo y la esplendidez, lo mas escogido de la sociedad. Pero todo aquello ha desaparecido: un mismo velo, el velo de la muerte á cubierto toda aquella generacion de la que no encontramos un solo hombre: la opulencia que se sonreía alegre entre el bullicio de criminales bacanales: las bellezas que creían no habían de marchitarse: los hombres de recto corazón que se hacían benéficos á sus semejantes, como el avaro que tenía su pensamiento fijo allí donde estaba su tesoro, todos han tenido el mismo fin. La muerte ha barrido toda aquella generacion, como había hecho con los anteriores, como lentamente viene haciendo con la actual. Monarcas de la tierra, que sois respetados por miles de vasallos, morireis: un solo paso hay desde el trono hasta el sepulcro. Grandes de la tierra, dis-

(1) Statutum est hominibus semel mori. Ad Heb. cap. IX, 27.

(2) Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt. Math. cap. XXIV, v. 35.



frutad de vuestra grandeza, pero dentro de algun tiempo, una inscripcion grabada sobre una piedra que ocultará vuestras cenizas, enseñará á vuestros hijos y á toda vuestra posteridad que ya no sois nada de lo que antes erais; que han concluido vuestros títulos y condecoraciones. ¡Qué escuela tan instructiva es la muerte! ¡Qué lecciones tan elocuentes las que salen de los sarcófagos!..

A vista, pues, M. A. O., de la certidumbre de la muerte, no estrañareis que los ministros de la religion elevemos continuamente nuestra voz, clamando contra la vanidad de la tierra. Vosotros comprendéis que todo marcha á su destruccion: que las cosas mas bellas y mas preciosas son las que están mas espuestas á perecer y que efectivamente son las que mas pronto perecen. Si, pues, los honores, las dignidades, las riquezas, todo concluye en la tumba; si la muerte pone fin á cuanto arrebatá nuestras atenciones, bien podemos esclamar con el sábio: « Todo cuanto hay en el mundo es vanidad y solo vanidad (1). » Os he dicho que los sepulcros nos hablan con elocuencia aunque con su lenguaje mudo: pues bien insto mas sobre este punto: levantad la losa que cubre los restos inanimados de un soberbio conquistador: ¿qué veis? Polvo y ceniza; tan solamente un puñado de tierra. Esta consideracion ha obrado en todo tiempo grandes conversiones.

Francisco de Borja era un grande de la tierra: sus bellas prendas le hacían ser amado y respetado en la corte: por su calidad de grande tenia relaciones íntimas con los monarcas. Elegido por el emperador

(1) Vanitas, vanitatum. Eccli cap. I, v. 2.

Cárlos V para acompañar y custodiar el cadáver de la emperatriz Isabel desde Toledo á Granada donde habia de ser sepultada, cumplió exactamente su comision no apartándose un momento del ataud de aquella princesa, á la que Dios habia dotado de una hermosura encantadora, que durante su vida arrebatá las atenciones de cuantos fijaban en ella la vista. Llegó el momento de hacer la entrega del cadáver al cabildo de Granada, y al abrir el ataud, se presentó un espectáculo imponente y aterrador. La descomposicion á pasos de gigante se habia apoderado de aquel cuerpo inanimado: ya nada habia de belleza ni de hermosura, y tan solamente dejóse ver un monton de podedumbre cuya hediondez era insoportable. Todos los asistentes apartaron la vista de aquel espectáculo, retirándose del ataud. Pero Francisco permaneció inmóvil, clavada su vista en aquellos asquerosos despojos. La gracia tocó á su corazon y conociendo entonces en lo que paran todas las cosas de la tierra, el fin de todas las grandezas, esclama: *Señor, jamás serviré á algun amo á quien pueda perder por la muerte.* Cual otro Pablo, miró desde entonces como basura todas las cosas de la tierra, por ganar á Jesucristo (1), y aspirando tan solamente á las grandezas del cielo, renunció las de la tierra, trocando sus ricas vestiduras y bordados de oro por la humilde sotana de la Compañía de Jesus, entonces recientemente fundada, y entregándose en ella de tal modo á la práctica de las virtudes, que llegó á la santidad heroica, mereciendo despues de su muerte ser elevado al honor de los altares.

(1) Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam. Ad Philip. cap. III, v. 8.